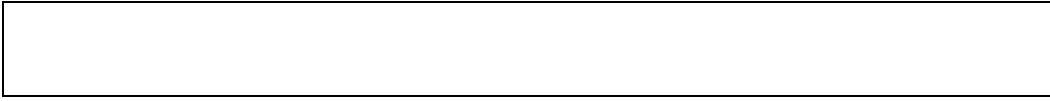


PAUL CELAN

POEMAS

SELECCIÓN, TRADUCCIÓN
Y PRÓLOGO
DE
PABLO OYARZUN R.

SANTIAGO, 1997



ÍNDICE

Prólogo y Noticia de Paul Celan	7
I De <i>Amapola y memoria</i> , <i>De Umbral en umbral</i> y <i>Reja del habla</i>	11
<i>Amapola y memoria</i> (1952)	12
Una canción en el desierto	13
En vano	14
Chopo	15
La arena de las urnas	16
Chanson de una dama en la sombra	17
Elogio de la distancia	19
Tarde y profundo	20
Corona	21
Fuga de la muerte	22
En Egipto	24
Cristal	25
Los cántaros	26
Cuenta las almendras	27
<i>De umbral en umbral</i> (1955)	28
Oí decir	29
Brillo	30
Jugando con hachas	31
Ante una vela	32
Con llave cambiante	34
Atardecer de las palabras	35
Recuerdo	36
Nocturnamente enfaldados	37
Ojo del tiempo	38
Cualquier piedra que levantes	39

Schibboleth	40
Cenotafio	41
Habla también tú	41
Argumentum e silentio	43
<i>Reja del habla (1959)</i>	45
Voces	46
Con carta y reloj	49
Bajo una imagen	50
Tenebrae	51
Flor	52
Reja del habla	53
Matière de Bretagne	54
Una mano	55
Arriba, sin ruido	56
Una estrella de madera	58
Stretto	59
II De <i>La Rosa de nadie, Cambio de aliento y Soles en fibras</i>	65
<i>La rosa de nadie (1963)</i>	66
En ellos hubo tierra	67
La palabra del ir-a-lo-profundo	68
Con vino y perdición	69
Zürich, Zum Storchen	70
Tantas estrellas	71
La esclusa	72
Salmo	73
Tübingen, Enero	74
Químico	75
Radix, matrix	77
A uno que estaba ante la puerta	79
Mandorla	80
A la pointe acérée	81
Todo en uno	82
La sílaba dolor	83
La Contrescarpe	85
En el aire	87

<i>Cambio de aliento</i> (1967)	89
En los ríos	90
Los números	91
Estar	92
Soles en fibras	93
Arrancada	94
Resto cantable	95
No más arte de arena	96
Negros	97
Gloria cineraria	98
Lo escrito	99
Ataque de cello	100
Un estruendo	101
Give the word	102
Una vez	103
<i>Soles en fibras</i> (1968)	104
Instante	105
Frankfurt, septiembre	106
Aranado el azar	107
La onza verdad	108
Las cabezas	109
El corazón excavado en fosa	110
Cuando no sé, no sé	111
Rumbos de peregrinos de la ira	112
La eternidad	113
De materia angélica	114
Cerca, en el arco de la aorta	115
Ningún nombre	116
Imagínate	117
III <i>De Forzada luz, Parte de nieve y Cortijo de tiempo</i>	118
<i>Forzada luz</i> (1970)	119
Extraído con la pala cineraria	120
Todtnauberg	121

Yacíamos	122
Los escabullidos	123
Patrimonio disperso	124
Rebana la mano que ora	125
Las eternidades	126
El uno a mí restante	127
La mantis	128
Membranas natatorias	129
Abordable	130
Lividivocal	131
También a mí	132
Los nombres proferidos	133
No te adelantes	134
<i>Parte de nieve (1971)</i>	135
Tú yaces	136
Ilegibilidad	137
Qué cose	138
Oigo que el hacha ha florecido	140
Parte de nieve	141
Envuelto de enero	142
Oblicuamente	143
Con las calles ciegas	144
Algo como noche	145
Por qué este abrupto estar en casa	146
Para Eric	147
Una hoja	148
Una rama de vendimia	149
Nosotros, rebosados de profundidad	151
El eco-esquirla	152
<i>En cortijo de tiempo (1976)</i>	153
De la frente de ballena	154
En la más lejana	155
Me arrojas a mí	156
La casa de los susurros	157
Yo tonteo	158
Una estrella	159
Almendranda	160

Los polos	161
Yo tomo vino	162
La Nada	163
Lo ajeno	164
Cambio de lugar	165
Qué se amarga	166
Viñadores	167
<i>Contraluz</i> (1949)	169
<i>Conversación en la Montaña</i> (1959)	172
La poesía (26.3.69)	177

PROLOGO

Y NOTICIA DE PAUL CELAN

Tanto se habla de la oscuridad de la poesía celaniana. Se la llama hermética, críptica. Yo me resisto porfiadamente a conceder ese dictamen. Y no es sólo que el calificativo difícilmente valga para los poemas tempranos, alzados en una sugestividad lírica siempre certera y en el resplandor inequívoco de sus imágenes. También aquellos otros, tardíos, que parecen agrietarse en hendiduras abismales de sentido, y ofrecen la música interrumpida de un “cambio de aliento” radical, tienen la evidencia del temple, del territorio, del gesto.

Pero si vamos a decir oscuridad, no será para medir la distancia que separa a estos poemas de una condición dada y común de la lengua, que podamos tomar como punto fijo de referencia. No. Es, más bien, al revés. Lo que medimos es la desamparada lejanía en que se encuentra nuestra lengua respecto de la percepción, de sus exigencias agudas. Porque eso es la poesía, y eso vuelve a ser en Celan, desde el fondo mismo y hasta su posibilidad extrema, y hasta su neta imposibilidad: percepción, saber originario de la percepción, estricto brote de la palabra desde los labios de su llaga cruda. Pero ¿quién de nosotros sabe de eso?

Estagnada permanece nuestra lengua en eso que llamamos la “comunicación”; cautiva de sus requerimientos, de su ley mezquina, de sus apremios. Su “claridad”, su deseada “transparencia”, no son otra cosa que la más empobrecida turbiedad que veda todo acceso a lo percibido. (La supuesta “oscuridad” celaniana no se debe al divertimento combinatorio, o a una alquimia del verbo, y tampoco viene de escamotear las claves del mensaje; es la pasión de la terrible evidencia de la cosa, y de la mudez del *nombre*.)

Pero lo percibido, lo puntualmente percibido, y su dirección, y su destino, en toda su singularidad inextirpable, en su enemistad con la elocuencia, no se desdican de una cierta escena de lo “común”. El poema no es privado. La idea vulgar

y corriente de la lírica le confía el coto cerrado de los sentimientos, y luego se asombra por la capacidad que tiene el poema de comunicarlos. Pero el poema es lo más abierto, es — en los términos de Celan— espacio vacante, pura interpelación: ni consumado decir, ni palabra redonda, sino: habla en ciernes. Como tal vacancia, el poema no puede suplantar la *conversación* que reclama, que sólo bosqueja. (No puede simularla: su “yo” y su “tú” son insituables y a la vez indelebles.) El poema, lo sabemos, el poema moderno, que vive el desarraigo del habla, esencialmente, se desvive por la conversación, se juega por la posibilidad de volver a establecerla y, con ella, la morada de lo “humano”.

Por eso labora el poema en los bordes del lenguaje, y lleva su existencia marginal, aparentemente desvinculada de las “necesidades” y las “urgencias” de la “comunicación” y la “comunidad”. Pero en verdad no hace otra cosa que excavar la sede del corazón, del pensamiento, para que ella, aquella posibilidad de conversar, vuelva a ganar el acceso y el derecho a la palabra: al encuentro.

*

Para esta traducción acudí a la edición de las obras completas de Celan en cinco tomos que hicieron Beda Allemann y Stefan Reichert: *Gesammelte Werke*, Frankfurt a. M.: Suhrkamp, 1986, Bde. I, II, III. Hablar de criterios en mi selección me sonaría pedante. ¿Qué ideas generales puede haber en esto que ya no estén, enteras, a la vista?: ofrecer una muestra, digamos, equilibrada del total, recoger —otra vez— unos poemas que ya se han hecho irrenunciables. Lo demás son inclinaciones mías, sesgo de mi amor por algunas palabras, por ciertos motivos, deseo personal de interrogar eso que es para mí lo más incierto; idiosincracia, nada más, que, espero, permanecerá en la sombra.

Hubo fervor en este trabajo. Fervor y también escrúpulo: duda insistente de su valía. Agradezco a quienes me dieron ánimos, que no alcanzaron para vencer mis temores, pero sí para mirarlos de soslayo. A Verónica Zondek —que prestó orejas y consejos en no pocas ocasiones, y dio la primera señal de paso franco—, a Andrés Asenjo —llamado Ajens— su estímulo y su respaldo irónico, a Willy Thayer —cuya infidencia estuvo en el principio—, a Olga Grau —también infidente y

compañera tenaz—, a Soledad Fariña —siempre generosa—, a Cristóbal Santa Cruz y Jaime Cordero —editores insobornables—. Todas y todos fueron causa indispensable de este ejercicio, pero (como se dice) más son las muchas faltas.

Abril de 1997

Paul Celan

Paul, hijo de Fritzi Schragar y Leo Antschel, nació el 23 de noviembre de 1920 en Czernowitz, capital de la Bukovina rumana. Como muchos otros judíos de la Europa oriental, creció en el cruce de múltiples lenguas. La madre hablaba alemán y veneraba a Goethe y a Schiller. Después de la guerra, llevando en sus poemas la marca indeleble del asesinato de los padres a manos de los guardias nazis en Ucrania y de las penas sufridas durante dos años de trabajo forzado, Celan se instaló en París, en 1948, donde mantuvo actividad como lector y traductor. Tras la liberación había vivido en Bucarest y unos cuantos meses en Viena. Ya los estudios de medicina habían cedido todo el lugar a la poesía. En 1950 obtuvo la *licence ès lettres*. Dos años más tarde se casa con la artista gráfica Gisèle de Lestrangé; un hijo —François— muere prematuramente, y sobrevive otro, Eric. En 1959 la École Normale Supérieure lo llama para ocupar el cargo de lector en lengua y literatura alemana. Los libros se suceden con estricta economía, y el reconocimiento público —que en su caso no coincide con la recepción masiva de su obra, siempre reservada y exigente al extremo— crece progresivamente. En 1958 recibe el Premio de Literatura de la ciudad de Bremen, en 1960 el Premio Büchner, que es una distinción decisiva en el mundo de la literatura en idioma alemán, y en 1964 el Gran Premio de Arte de Nordrhein-Westfalen. Desde su relación excéntrica con la lengua materna, "la única en que es posible expresar la propia verdad", Celan despliega un habla poética de concentración y rigurosidad inauditas, donde las palabras, como únicas sobrevivientes de la catástrofe, trazan sus propias y estrechas sendas hacia la extinción. En el suelo de esa lengua, una relación delicada y entrañable lo une a la gran poeta judío-alemana Nelly Sachs, otra, compleja y ardua, a Martin Heidegger. Considerado como uno de los poetas fundamentales del siglo 20, heredero de Hölderlin, de Trakl y el tardío Rilke, Celan se suicida en abril de 1970 (el vigésimo día, quizá), arrojándose al Sena. En su escritorio se encontró abierta una biografía de Hölderlin, con una frase subrayada: "A veces este genio se oscurece y se hunde en el manantial amargo de su corazón".

La lista de sus obras incluye los siguientes títulos: *Der Sand aus den Urnen* (*La arena de las urnas*, Viena, 1948), *Mohn und Gedächtnis* (*Amapola y memoria*, Stuttgart, 1952, que incluye y corrige el libro anterior), *Von Schwelle zu Schwelle* (*De umbral en umbral*, Stuttgart, 1955), *Sprachgitter* (*Reja del habla*, Frankfurt, 1959), *Die Niemandrose* (*La rosa de nadie*, Frankfurt, 1963), *Atemwende* (*Cambio de aliento*, Frankfurt, 1967), *Fadensonnen* (*Soles en fibras*, Frankfurt, 1968), *Lichtzwang* (*Forzada luz*, Frankfurt, 1970), y los póstumos *Schneepart* (*Parte de nieve*, Frankfurt, 1971) y *Zeitgehöft* (*En cortijo de tiempo*, Frankfurt, 1976). A estas obras se suma una vastísima labor de traducciones: del inglés (Shakespeare, Marvell, Housman, Lewis Carroll, Yeats, Marianne Moore, Emily Dickinson, Frost), francés (Baudelaire, Nerval, Verlaine, Rimbaud, Supervielle, Valéry, Apollinaire, Artaud, Picasso, Cocteau, Desnos, Éluard, Michaux, Goll, Césaire, Char, Daive, Cioran), ruso (Blok, Esenin, Khlebnikov, Mandelstam, Sluchevsky, Yevtushenko), italiano (Ungaretti); tempranamente había traducido unos textos de Marx al rumano. En fin, algunas de sus breves piezas en prosa contienen pronunciamientos fundamentales de poética (el discurso de recepción del premio de Bremen y *El Meridiano*, con ocasión del premio Büchner, que he vertido en otro sitio). En este volumen incorporé, a manera de apéndice, dos prosas poéticas (*Contraluz* y *Conversación en la montaña*) y un lema escueto de los últimos años.

I

*De Amapola y memoria,
De umbral en umbral
y Rejilla del habla*

Amapola y memoria (1952)

UNA CANCION EN EL DESIERTO

Una guirnalda fue tejida con hojas negruzcas en la comarca de Acra:

allí monté mi oscuro caballo y con la daga puncé en pos de la muerte.

Y de cuencos de madera bebí la ceniza de las fuentes de Acra

y con la visera cerrada cargué contra las ruinas del cielo.

Porque muertos están los ángeles y quedó ciego el Señor en la

comarca de Acra,
y no hay nadie que el sueño me cuide de los que llegaron aquí a su

reposo.

Quedó destrozada la luna, la florecilla de la comarca de Acra:

florece así, imitando las espinas, las manos con anillos herrumbrosos.

Y así debo inclinarme por fin, para el beso, cuando rezan en Acra...

¡Oh mala fue la coraza de la noche, rezuma la sangre por las hebillas!

Y así me convertí en su hermano sonriente, el férreo querube de Acra.

Así pronuncio yo el nombre y aún siento el ardor en las mejillas.

EN VANO pintas corazones en la ventana:
abajo el duque del silencio
alista soldados en el patio del castillo.
En el árbol iza su pendón — una hoja azulándose
cuando cae el

otoño,
reparte la brizna de la melancolía y las flores del
tiempo entre el

ejército;
con pájaros en el pelo avanza a sumergir las espadas.

En vano pintas corazones en la ventana; un Dios está
entre las tropas,
envuelto en la capa que antaño cayó de tus hombros,
de noche, hacia

la escala,
antaño, cuando ardía el palacio, cuando hablaste
como los hombres:

amada...
Él no conoce la capa y no llama a la estrella y sigue a
la hoja que oscila

adelante.
“Oh brizna”, cree escuchar, “oh flor del tiempo”.

CHOPO, tu follaje mira blancamente hacia lo oscuro.
El cabello de mi madre nunca se hizo blanco.

Diente de león, así de verde es la Ucrania.
Mi rubia madre no regresó al hogar.

Nimbo, ¿te demoras junto a la fuente?
Mi callada madre llora por todos.

Redonda estrella, tú rizas el dorado bucle.
El corazón de mi madre fue herido de plomo.

Puerta de roble, ¿quién te dislocó de los goznes?
Mi dulce madre no puede venir.

LA ARENA DE LAS URNAS

De verde herrumbroso es la casa del olvido.
Ante cada una de las puertas batientes azúlase tu
juglar decapitado.
Para ti toca el tambor de musgo y vello amargo del
pubis;
con el dedo llagado del pie tu ceja pinta en la arena.
La dibuja más larga de lo que era, y el rojo de tu
labio.
Llenas aquí las urnas y cenizas tu corazón.

CHANSON DE UNA DAMA EN LA SOMBRA

Cuando viene la silenciosa y decapita los tulipanes:

¿Quién gana?

 Quién pierde?

 ¿Quién va a la ventana?

¿Quién nombra su nombre primero?

Es uno que lleva mi pelo.

Lo lleva como se lleva a los muertos en las manos.

Lo lleva como el cielo llevó mi pelo el año en que
amaba.

Lo lleva así por vanidad.

Ese gana.

 Ese no pierde.

 Ese no va a la ventana.

Ese no nombra su nombre.

Es uno que tiene mis ojos.

Los tiene desde que los portones se cerraron.

Los lleva en el dedo como anillos.

Los lleva como trizas de placer y zafiro:

él ya era mi hermano en otoño;

ya cuenta los días y noches.

Ese gana.

 Ese no pierde.

 Ese no va a la ventana.

Ese nombra su nombre al final.

Es uno que tiene lo que dije.

Lo lleva bajo el brazo como un hato.

Lo lleva como el reloj su más mala hora.

Lo lleva de umbral en umbral, y nunca lo arroja.

Ese no gana.

Ese pierde.

Ese va hacia la ventana.

Ese nombra su nombre primero.

Ese es con los tulipanes decapitado.

ELOGIO DE LA DISTANCIA

En el manantial de tus ojos
viven las redes de los pescadores del Mar Extravío.
En el manantial de tus ojos
mantiene el mar su promesa.

Aquí arrojó,
corazón que moró entre los hombres,
de mí los vestidos y el brillo de un juramento:

Más negro en lo negro, estoy más desnudo.
Sólo desavenido soy fiel.
Yo soy tú cuando yo soy yo.

En el manantial de tus ojos
surco y sueño pillaje.

Una red atrapó una red:
nos separamos abrazados.

En el manantial de tus ojos
un ahorcado estrangula la cuerda.

TARDE Y PROFUNDO

Maligna como discurso de oro principia esta noche.
Comemos las manzanas de los mudos.
Un trabajo hacemos que gustosamente se deja a la
estrella;
estamos en el otoño de nuestros tilos como rojo
caviloso de estandarte,
como huéspedes ardientes del sur.
Por Cristo juramos, el nuevo, desposar el polvo con el
polvo,
a los pájaros con el zapato caminante,
nuestro corazón con una escalera en el agua.
Al mundo juramos los votos sagrados de la arena,
los juramos gustosos,
a voz en cuello los juramos desde los techos del
dormir despoblado de
sueños
y agitamos el pelo blanco del tiempo...

Ellos gritan: ¡blasfemia!

Hace mucho lo sabemos.
Hace mucho lo sabemos, pero ¿qué importa?
Moléis en los molinos de la muerte la blanca harina
de la promesa,
ante nuestros hermanos y hermanas la ponéis—

Agitamos el pelo blanco del tiempo...

Y vuestro reproche: ¡blasfemia!
Bien lo sabemos,
venga sobre nosotros la culpa.
Venga sobre nosotros la culpa con todas las señas de
advertencia,

venga el mar borbotante,
la encolerizada ráfaga del revés,
el día de medianoche,
¡venga lo que todavía no fue!

Venga un hombre desde la tumba.

CORONA

De la mano me come el otoño su hoja: somos amigos.
Mondamos el tiempo de las nueces y le enseñamos a
andar:
el tiempo retorna a la cáscara.

En el espejo es domingo,
en el sueño se duerme,
la boca habla verdad.

Mi ojo desciende hacia el sexo de la amada:
nos miramos,
nos decimos algo oscuro,
nos amamos mutuamente como amapola y memoria,
dormimos como vino en las conchas,
como el mar en el resplandor sanguíneo de la luna.

Estamos abrazados en la ventana, ellos nos ven
desde la calle:
ies tiempo de que se sepa!
Es tiempo de que la piedra consienta en florecer,
que a la inquietud le palpite un corazón.
Es tiempo de que llegue a ser tiempo.

Es tiempo.

FUGA DE LA MUERTE

Negra leche matutina la bebemos de tarde
la bebemos al mediodía y de mañana la bebemos de
noche
bebemos y bebemos
cavamos una fosa en los aires allí no se yace
estrechado
Un hombre vive en la casa él juega con las serpientes
él escribe
él escribe cuando oscurece a Alemania tu dorado
cabello Margarethe
él escribe y sale de la casa y brillan las estrellas silba
a sus mastines que
vengan a su lado
silba a sus judíos que salgan adelante hace cavar una
fosa en la tierra
nos manda tocad ahora para el baile

Negra leche matutina te bebemos a la noche
te bebemos de mañana y mediodía te bebemos a la
tarde
bebemos y bebemos
Un hombre vive en la casa y juega con serpientes él
escribe
él escribe cuando oscurece a Alemania tu dorado
cabello Margarethe
tu ceniciento cabello Sulamith cavamos una fosa en
los aires allí no se
yace estrechado

Grita cavad más hondo en la tierra unos y otros
cantad y tocad
coge el hierro en el cinto lo blande sus ojos son azules

cavad vosotros más hondo unos y otros seguid
tocando para el baile

Negra leche matutina te bebemos a la noche
te bebemos de mañana y mediodía te bebemos a la
tarde
bebemos y bebemos
Un hombre vive en la casa tu dorado cabello
Margarethe
tu ceniciento cabello Sulamith él juega con serpientes

El grita tocad más dulce a la muerte la muerte es un
maestro que viene
de Alemania
grita tocad más oscuro los violines entonces subiréis
como humo en el
aire
entonces tendréis una fosa en las nubes allí no se
yace estrechado

Negra leche matutina te bebemos a la noche
te bebemos al mediodía la muerte es un maestro que
viene de Alemania
te bebemos a la tarde y de mañana bebemos y
bebemos
la muerte es un maestro que viene de Alemania su
ojo es azul
él te da con la bala de plomo te da certeramente
Un hombre vive en la casa tu dorado cabello
Margarethe
él azuza los mastines contra nosotros nos regala una
fosa en el aire
él juega con las serpientes y sueña la muerte es un
maestro que viene
de Alemania

tu dorado cabello Margarethe
tu ceniciento cabello Sulamith

EN EGIPTO

Debes decirle al ojo de la forastera: sé tú el agua.
Debes buscar a las que sabes en el agua en el ojo de la forastera.

Debes llamarlas fuera del agua: ¡Rut, Noemí, Miriam!
Debes adornarlas, cuando yaces con la forastera.
Debes adornarlas con el cabello de nube de la forastera.

Debes decir a Rut y a Miriam y a Noemí:

¡Mira, con ella duermo!

Debes adornar más bella que nada a la forastera junto a ti.

Debes adornarla con la pena por Rut, por Miriam y Noemí.

Debes decir a la forastera:

¡Mira, yo dormí con éstas!

CRISTAL

En mis labios no busques tu boca,
ni delante de la puerta al forastero,
ni en el ojo la lágrima.

Siete noches más arriba el rojo va hacia el rojo,
siete corazones más hondo llama la mano a la puerta,
siete rosas más tarde susurra la fuente.

LOS CÁNTAROS

En las largas mesas del tiempo
beben a raudales los cántaros de Dios.
Beben hasta vaciar los ojos de los que ven y los ojos
de los ciegos,
los corazones de las sombras vigentes,
la mejilla hueca del crepúsculo.
Son los bebedores más violentos:
llevan a la boca lo vacío como lo lleno
y no desbordan la espuma como tú o yo.

CUENTA las almendras,
cuenta lo que amargo fue y te mantuvo despierta,
cuéntame además a mí:

Yo buscaba tu ojo, cuando lo abrías y nadie te vió,
tensé toda hebra secreta,
por donde el rocío que pensaste
descendió hasta los cántaros,
una sentencia los cuida que no llegó al corazón de
ninguno.

Sólo allí ingresabas entera en el nombre, en el tuyo,
avanzabas con pie seguro hacia ti,
oscilaron libres los martillos en el campanil de tu
silencio,
se te unió lo que escuchaste al acecho,
lo muerto también te rodeó con el brazo,
y los tres anduvisteis a través de la tarde.

Vuélveme amargo.
Cuéntame entre las almendras.

De umbral en umbral (1955)

OÍ DECIR

Oí decir que en el agua
hay una piedra y un círculo
y sobre el agua una palabra,
que pone el círculo en torno a la piedra.

Yo miré mi álamo descender hacia el agua,
miré cómo su brazo se alargó hacia la hondura,
miré sus raíces vueltas al cielo implorando noche.

Yo no corrí tras ellas,
sólo recogí del suelo esa migaja
que tiene de tu ojo la figura y la nobleza,
te quité del cuello la cadena de los dichos
y con ella orlé la mesa donde yace la migaja.

Y ya no vi más a mi álamo.

BRILLO

El cuerpo callando
yaces en la arena junto a mí,
sobre ti las estrellas.

.....

¿Quebróse
de lo alto un
rayo hacia mí?
¿O es la vara de la justicia
que sobre nosotros fue rota
la que talmente brilla?

JUGANDO CON HACHAS

Siete horas de la noche, siete años de vigilia:
jugando con hachas,
yaces a la sombra de cadáveres erguidos
—¡oh, árboles, que tú no talas!—,
de cabecera la pompa de lo enmudecido,
la minucia de las palabras a los pies,
yaces y juegas con las hachas —
y al final reluces como ellas.

ANTE UNA VELA

De oro repujado, tal
como me lo mandaste, madre,
modelé el candelabro, de donde
me elevo oscurecido en medio
de horas que se astillan:
hija
de tu muerte.

Delgada la figura,
una fina sombra de ojos como almendras,
boca y sexo
rodeados por danzas de bestiario de sueño,
se desprende oscilante del oro hendido,
asciende hasta
la cima del ahora.

Con labios recubiertos
de noche
pronuncio el conjuro:

En el nombre de los tres,
que entre sí se hostilizan, hasta
que el cielo se sumerge en la sepultura de los
sentimientos,
en el nombre de los tres, cuyos anillos
me destellan en el dedo, cada vez que le
suelto los cabellos a los árboles en el abismo,
para que corra en el hondor un torrente más rico
—,

en el nombre del primero de los tres,
que gritó

cuando había que vivir donde antes que él ya
estuvo su palabra,
en el nombre del segundo, que miró y derramó
las lágrimas,
en el nombre del tercero, que apila
blancas piedras en el medio,—
te libero del
amén que nos ensordece,
de la gélida luz que lo orilla
allí, donde, alto como torre, entra al mar,
allí, donde la paloma, la gris,
coge con el pico los nombres
a este lado y al otro lado del morir:
¡Tú sigues siendo, sigues siendo, sigues
siendo el hijo de una muerta,
consagrado al No de mi añoranza,
desposado con una grieta del tiempo,
ante la cual me condujo la palabra materna,
para que una sola vez
se estremezca la mano
que siempre, siempre me aprieta el corazón!

CON LLAVE CAMBIANTE

Con llave cambiante
tú abres la casa en la cual
la nieve oscila de lo silenciado.
Según la sangre que te mane
de ojo, boca u oído,
tu llave cambia.

Si cambia tu llave, cambia la palabra,
a la que le está permitido oscilar con los copos.
Según el viento que a empujones te aparta,
se amontona la nieve en torno a la palabra.

ATARDECER DE LAS PALABRAS

Atardecer de las palabras — ibuscador de
manantiales en el silencio!
Un paso y otro paso más,
un tercero, cuyo rastro
tu sombra no elimina:

la cicatriz del tiempo
se dilata
y anega la tierra de sangre —
Los dogos de la noche palabral, los dogos
repercuten ahora medio a
medio dentro de ti:
festejan la sed más salvaje, la hambruna más
salvaje...

Una luna postrera te asiste:
arroja a la jauría
un largo hueso de plata
—desnudo como el camino por el cual venías—,
pero eso no te salva:
el rayo que suscitaste
se encrespa todavía más cerca,
y encima nada un fruto
que mordiste hace años.

RECUERDO

Sea con higos alimentado el corazón
dentro del cual la hora recuerda
el ojo de almendra del muerto.
Con higos alimentado.

Abrupta, en el soplo de mar,
la frente
varada,
la hermana de arrecifes.

**Y alrededor de tu pelo blanco se multiplica
el vellocino
de la nube estival.**

NOCTURNAMENTE ENFALDADOS

Para Hannah y Hermann Lenz

Nocturnamente enfaldados
los labios de las flores,
cruzados y triscados
los troncos de los abetos,
agrisado el musgo, la piedra estremecida,
despertados al vuelo infinito
los grajos sobre el glaciar:

ésta es la comarca donde
reposan aquéllos
a quienes dimos alcance:

no van a nombrar la hora,
ni contar los copos,
ni seguir las aguas hasta el dique.

Están separados en el mundo,
cada uno junto a su noche,
cada uno junto a su muerte,
hosco, desnudo, escarchado
de lo cercano y lo distante.

Ellos pagan la culpa que infundió alma a su origen,
la pagan en una palabra
que persevera injustamente, como el verano.

Una palabra — tú sabes:
un cadáver.

Vamos a lavarla
vamos a peinarla,

vamos a volver su ojo
hacia el cielo.

OJO DEL TIEMPO

Este es el ojo del tiempo:
torcido mira
bajo ceja de siete colores.
Su párpado es lavado por fuegos,
su lágrima es vapor.

La ciega estrella vuela hacia él
y se derrite en la pestaña hirviente:
se va entibiando el mundo,
y los muertos
echan brotes y florecen.

CUALQUIER PIEDRA QUE LEVANTES

Cualquier piedra que levantes —
tú descubres
a aquellos que necesitan el abrigo de las piedras:
desnudos,
ya renuevan el entrevero.

Cualquier árbol que derribes —
tú construyes
el lecho sobre el cual
las almas se amontonan y amontonan,
como si no se raleara
también este
Evo.

Cualquier palabra que tú hables —
la debes
al destrozo.

SCHIBBOLETH

Junto a mis piedras,
las lloradas inmensamente
detrás de las verjas,

me arrastraron ellos
al medio del mercado,
hasta donde esa
bandera se despliega, aquella por la cual
no pronuncié ningún juramento.

Flauta,
flauta doble de la noche:
piensa en el oscuro
mellizo arrebol
en Viena y Madrid.

Pon tu bandera a media asta,
remembranza.
A media asta
por hoy y para siempre.

Corazón:
date a conocer aquí también,
aquí, en medio del mercado.
Grítalo, el *schibboleth*, lánzalo
fuera a lo foráneo de la patria:
febrero. *No pasarán.*

Unicornio:
tú sabes de las piedras,
tú sabes de las aguas,
ven,
yo te llevaré lejos

hasta las voces
de Estremadura.

CENOTAFIO

Disemina tus flores, forastero, disemínalas en paz:
déjalas caer a lo hondo,
a las espinas.

Quien aquí debía yacer, ése yace
en ninguna parte. Pero a su lado yace el mundo.
El mundo, que abrió su ojo
ante tantas gasas.

Pero él, porque tuvo algún vislumbre, se alió
al partido de los ciegos:
anduvo y espigó demasiado:
espigó el aroma —
y los que vieron esto no le perdonaron.

Entonces fue y se bebió una rara gota:
el mar.
Los peces —
¿se unieron los peces a él?

HABLA TAMBIEN TU

Habla también tú,
habla el último,
di tu sentencia.

Habla —
Pero no separes el No del Sí.
Dale a tu sentencia también el sentido:
dale la sombra.

Dale sombra suficiente,
dale tanta
como sepas repartida en torno a ti entre
medianoche y mediodía y medianoche.

Mira en torno:
ve cuánta vida hay en derredor —
¡Cuando la muerte! ¡Vida!
Verdad habla quien habla sombra.

Pero ahora se atrofia el lugar donde estás:
¿Adónde ahora, el más desnudo de sombra, adónde?
Escala. Palpa hacia arriba.
¡Más delgado te haces, más inconocible, más tenue!
Más tenue: un hilo,
por donde quiere descender, la estrella:
para nadar abajo, abajo,
donde ella se ve brillar: en la resaca
de palabras errantes.

ARGUMENTUM E SILENTIO

Para René Char

Colocada en la cadena
entre oro y olvido:
la noche.
Cogerla quisieron ambos,
a los dos les dió licencia.

Deposita,
ahora deposita tú también lo que quiere des-
puntar junto a los días:
la palabra sobrevolada de estrellas,
la rociada de mar.

A cada uno la palabra,
a cada uno la palabra que lo cantó,
cuando la jauría le saltaba por la espalda —
a cada uno la palabra que lo cantó y quedó
empedernida.

A ella, a la noche,
la sobrevolada de estrellas, la rociada de mar,
a ella la silenciada,
de la que no manó la sangre, cuando el venenoso
diente
de las sílabas se clavó.

A ella la palabra silenciada.

En contra de las otras, que pronto,
que rodeadas obscenamente por oídos de desuello,
también escalan el tiempo y los tiempos,
da testimonio al final,

al final, cuando sólo repican las cadenas,
da testimonio de ella, que yace allí
entre oro y olvido,
ambos hermanados desde siempre —
¿Pues dónde
clarea, dime, si no es donde ella,
que en la región aluvial de sus lágrimas
le muestra a los soles que descienden
una y otra vez la cosecha?

Reja del habla (1959)

Voces, rasguñadas
en el verde de la superficie del agua.
Cuando se zambulle el alción,
zumba el segundo:

Lo que estaba contigo
en cada una de las riberas,
se presenta
segado en una imagen distinta.

*

Voces, que vienen del camino de la ortiga:

Ven sobre tus manos a nosotros.
El que está con la lámpara a solas,
no tiene más que la mano para leer.

*

Voces, crecidas a través de la noche, sogas,
de donde cuelgas la campana.

Cúrvate, mundo:
cuando la concha de muerto viene flotando,
quiere resonar aquí.

*

Voces, ante las cuales tu corazón
retrocede al corazón de tu madre.
Voces del árbol de la horca,
donde la madera tardía y la temprana trocan
y trocan los anillos.

*

Voces, guturales, en el cisco,
donde cava también lo infinito,
lodoso reguero
(del corazón).

Lanza, niño, aquí los botes
que yo tripulaba:

Cuando a mitad del navío irrumpe la ráfaga,
reúnen las abrazaderas.

*

Voz de Jacob:

Las lágrimas.
Las lágrimas en el ojo del hermano.
Una quedó colgando, creció.
Habitamos allí.
Respira, para
que se suelte.

*

Voces en las entrañas del arca:

Sólo las bocas son
a salvo. Los que se
hunden, escúchennos a
nosotros también.

*

Ninguna

voz — un
tardío rumor, ajeno a las horas, regalado
a tus pensamientos, aquí, despierto
por fin: una
hoja frutal, grande como un ojo, rajada
profundamente; gotea
resina, no quiere cicatrizar.

CON CARTA Y RELOJ

Cera
para sellar lo no escrito,
que tu nombre
adivinó,
que cifra
tu nombre.

¿Ya vienes, oscilante luz?

Dedos, de cera también,
ceñidos por
ajenos, dolientes anillos.
Derretidas las yemas.

¿Vienes, oscilante luz?

Vacías de tiempo las celdillas
del reloj, nupciales las mil
abejas, prontas al viaje.

Ven, oscilante luz.

BAJO UNA IMAGEN

Sobrepujada ola de harina por bandada de cuervos,
¿Azul de qué cielo? ¿De abajo? ¿De arriba?
Flecha tardía, que apresurada se disparó del alma.
Zumbido más fuerte. Más cercana incandescencia.
Ambos mundos.

TENEBRAE

Cerca estamos, Señor,
cerca y aferrables.

Aferrados ya, Señor,
en crispado entrevero, como si
el cuerpo de cada uno de nosotros
fuese tu cuerpo, Señor.

Ora, Señor,
ora hacia nosotros,
estamos cerca.

Ladeados por la ráfaga fuimos,
fuimos, a inclinarnos sobre
la cuenca y el lago primordial.

Al abrevadero fuimos, Señor.

Fue sangre, fue,
lo que derramaste, Señor.

Brillaba.

Nos arrojó tu imagen a los ojos, Señor.
Ojos y boca están tan abiertos y vacíos, Señor.

Hemos bebido, Señor.
La sangre y la imagen que había en la sangre, Señor.

Ora, Señor.
Estamos cerca.

FLOR

La piedra.
La piedra en el aire, yo la seguí.
Tu ojo, tan ciego como la piedra.

Éramos
manos,
apuramos la oscuridad hasta vaciarla, hallamos
la palabra que brotó al verano:
flor.

Flor — una palabra de ciegos.
Tu ojo y mi ojo:
procuran
el agua.

Crecimiento.
Va hojeando
pared a pared del corazón.

Una palabra más como ésta, y los martillos
oscilan al descubierto.

REJA DEL HABLA

Redondez de ojo entre las barras.

Párpado animal titilante
rema hacia arriba,
franquea una mirada.

Iris, nadadora, turbia y sin sueño:
el cielo, gris corazón, tiene que estar cerca.

Oblicua, en la boquilla férrea,
la viruta esfumada.
Donde se siente la luz
adivinas el alma.

(Si yo fuese como tú. Si tú fueses como yo.
¿No estaríamos
bajo *un solo* alisio?
Somos extraños.)

Las lajas. Sobre ellas,
cerquísimo, ambas
pozas gris corazón:
dos
bocados de silencio.

MATIÈRE DE BRETAGNE

Luz de ginesta, amarilla, los taludes
supuran al cielo, la espina
corteja a la herida, allí dentro
resuena, es la tarde, la nada
hace rodar sus mares a la oración,
la vela de sangre se pliega sobre ti.

Seco, atraca
el lecho detrás de ti, afila
su hora, arriba,
junto a la estrella, los esteros
lechosos parlotean en el fango, dátil de piedra,
abajo, emboscada, dehiscente en lo azul, una mata
fugacidad, hermosa,
saluda a tu memoria.

(¿Me conocíais,
manos? Yo anduve
la senda horquillada que señalabais, mi boca
escupió su cascajo, yo anduve, mi tiempo,
cornisa de nieve caminante, arrojó su sombra— ¿me
conocíais?)

Manos, la llaga que
la espina corteja, resuena,
manos, la nada, sus mares,
manos, en la luz de ginesta, la
vela de sangre
se pliega sobre ti.

Tú
Tú enseñas
Tú enseñas a tus manos

Tú enseñas a tus manos tú enseñas
Tú enseñas a tus manos
a dormir

UNA MANO

La mesa, de madera de las horas, con
la vianda de viaje y con el vino.

Se
calla, se come, se bebe.

Una mano, que besé,
ilumina las bocas.

ARRIBA, SIN RUIDO, los
errantes: buitres y estrellas.

Abajo, después de todo, nosotros,
en número de diez, el pueblo de arena. El tiempo,
y cómo no, él tiene
también una hora para nosotros, aquí,
en la ciudad de arena.

(Cuenta del manantial, cuenta
de la corona del manantial, de su rueda,
de sus cuartos — cuenta.

Numera y cuenta, el reloj,
también éste, se detiene.

Agua: qué
palabra. Te comprendemos, vida.)

El forastero, no invitado, de dónde,
el huésped.
Su vestimenta empapada.
Su ojo empapado.

(Cuéntanos del manantial, de —
Numera y cuenta.
Agua: qué
palabra.)

Su vestimenta-y-ojo, él está,
como nosotros, plena noche, él declara
que entiende, y ahora cuenta,
como nosotros, hasta diez
y nada más.

Arriba, los
errantes
permanecen
inaudibles.

UNA ESTRELLA DE MADERA, azul,
hecha de rombos pequeños. Hoy, por
nuestra mano más reciente.

La palabra, mientras dejas que
decante la sal de la noche, y busca
la mirada otra vez la bilis del viento:

— Una estrella, ponla,
pon la estrella en la noche.

(— En mi noche, mi
noche.)

STRETTO

*

DESPLAZADO al
espacio
de la huella sin fraude:

Hierba, escrita separadamente. Las piedras, blancas,
con la sombra de los tallos:
No leas más — imira!
No mires más — ¡anda!

Anda, tu hora
no tiene hermanas, tú estás —
estás en casa. Una rueda, lentamente,
rueda por sí sola, los rayos
suben,
suben sobre el campo ennegrecido, la noche
no requiere de estrellas, en ningún lado
se pregunta por ti.

*

En ningún lado
se pregunta por ti —

El lugar, donde yacían, tiene
un nombre — no tiene
ninguno. No yacían allí. Algo
yacía entre ellos. No
veían a través.

No veían, no,
hablaban de palabras. Ninguno

despertó, el
sueño
descendió sobre ellos.

*

Descendió, descendió. En ningún lado
se pregunta —

Yo soy ése, yo,
yo yacía entre vosotros, yo estaba
abierto, era
audible, yo os alertaba, a vuestro aliento
atendía, yo sigo
siempre siéndolo, vosotros
dormís, pues.

*

Sigo siempre siéndolo —

Años.
Años, años, un dedo
palpa hacia abajo, palpa hacia arriba, palpa
alrededor:
costuras, tangibles, aquí
se abre, mucho, separándose, aquí
se vuelve a adherir — ¿quién
lo recubrió?

*

Lo re-
cubrió — ¿quién?

Llegó, llegó.

Llegó una palabra, llegó,
llegó a través de la noche,
quería alumbrar, quería alumbrar.

Ceniza.
Ceniza, ceniza.
Noche.
Noche-y-noche. — Anda hacia
el ojo, hacia el húmedo.

*

Hacia el
ojo anda,
hacia el húmedo —

Huracanes,
huracanes, de siempre,
remolino de partículas, lo demás,
ya
lo sabes, lo
leímos en el libro, era
opinión.

Era, era
opinión. ¿Cómo
nos aferrábamos con estas
— con
estas
manos?

Estaba también escrito, que.
¿Dónde? Hicimos
un silencio sobre eso,
acallado de veneno, grande,

un
verde
silencio, un sépalo, de
allí pendía un pensamiento en lo vegetal —
verde, sí,
pendía, sí,
bajo torvo
cielo.

En, sí,
lo vegetal.

Sí.
Huracanes, remo-
lino de partículas, quedaba
tiempo, quedaba,
para intentarlo con la piedra — era
hospitalario, ella
no caía en la palabra. Qué
bien que estábamos:

Granuloso,
granular y fibroso. Pedunculado,
espeso,
racimoso y radiado; reniforme,
aplanado y
grumoso; flojo, rami-
ficado —: ella, ello
no caía en la palabra,
hablaba,
hablaba gustosamente a ojos secos, antes de
cerrarlos.

Hablaba, hablaba.
Era, era.

Nosotros
no aflojábamos, de pie, parados
en el centro, una
construcción porosa, y
llegó.

Llegó hacia nosotros, llegó
a través, zurcía
invisible, zurcía
en la última membrana,
y
el mundo, un cristal en miríada,
eclosionó, eclosionó.

*

Eclosionó, eclosionó.
Entonces —

Noches, desintegradas. Círculos,
verdes o azules, rojos
cuadrados, el
mundo pone lo más íntimo
en juego con las nuevas
horas. — círculos,
rojos o negros, claros
cuadrados, ninguna
sombra de vuelo,
ninguna
mesa pantográfica, ningún
alma de humo sube y entra en el juego.

Sube y
entra en el juego —

En la fuga de la lechuza que vuela, en la hora de
la lepra petrificada,
cuando
nuestras manos voladas, en
la más reciente condenación,
sobre el
parabalas en
el muro derruido:

visible, de
nuevo: las
estrías, los

coros, entonces, los
salmos. Ho, ho-
sanna.

Luego
hay templos en pie todavía. Una
estrella
tiene acaso luz todavía.
Nada,
nada está perdido.

Ho-
sanna.

En la fuga de la lechuza que vuela, aquí,
las conversaciones, color gris día,
de las huellas de agua subterránea.

*

(—gris día,

de las
huellas de agua subterránea —

Desplazado
en el espacio
de
la huella sin
fraude:

hierba,
hierba,
escrita separadamente.)

Sprachgitter

II

De La rosa de nadie, Cambio de aliento y Soles en fibras

La rosa de nadie (1963)

EN ELLOS HUBO TIERRA, y
cavaron.

Cavaron y cavaron, así se
fue su día, se fue su noche. Y no alabaron a Dios,
que quería, eso oyeron, todo esto,
que sabía, eso oyeron, todo esto.

Cavaron y no escucharon nada más;
no se hicieron sabios, no inventaron canción alguna,
no crearon ninguna lengua.
Cavaron.

Vino un silencio, también vino una tormenta,
vinieron todos los mares.
Yo cavo, tú cavas, y cava también el gusano,
y lo cantante allí dice: ellos cavan.

Oh uno, oh ninguno, oh nadie, oh tú:
¿adónde fue, si no fue a ninguna parte?
Oh, tú cavas y yo cavo, y hacia ti yo cavo mi camino,
y en el dedo el anillo nos despierta.

LA PALABRA DEL IR-A-LO-PROFUNDO
la palabra que leímos.
Los años, las palabras desde entonces.
Todavía somos nosotros.

Sabes, el espacio es infinito,
sabes, no necesitas volar,
sabes, lo que en tus ojos se escribió,
nos profundiza lo profundo.

CON VINO Y PERDICIÓN, con
los dos sedimentos:

yo cabalgué a través de la nieve, me oyes,
cabalgué a Dios en la distancia — en la cercanía,
cantaba él,
era
nuestra última cabalgata sobre
las hordas de los hombres.

Se agazapaban, al
oírnos por encima de ellos,
escribían, ter-
giversaban nuestros relinchos
en una de sus
lenguas pobladas de imágenes.

ZÜRICH, ZUM STORCHEN

Para Nelly Sachs

De lo Muchísimo se hablaba, de lo
Muy-poco. De Tú
y Ni-Tú, de
la turbiedad debida a lo diáfano, de
lo judío, de
tu Dios.

De
eso.
El día de una ascensión, allá
estaba el monasterio, venía con
cierto oro a través del agua.

De tu Dios se conversaba, yo hablé
contra él, yo
dejé que el corazón que tenía
abrigara esperanza:
por
su más alta, agonizada, su
peleadora palabra —

Tu ojo me miró, miró lejos,
tu boca
le habló al ojo, yo escuché:

Nosotros
en verdad no sabemos, sabes,
en
verdad no sabemos

lo que
importa.

TANTAS ESTRELLAS, que
se nos tiende. Yo estaba,
cuando te vi —¿cuándo?—,
afuera junto a
los otros mundos.

Oh estos caminos, galácticos,
oh esta hora, que nos trajo el
peso de las noches a
la carga de nuestros nombres. No,
yo lo sé, no es verdad
que vivíamos, ciego sólo
pasó un aliento entremedio de
Allá y No-aquí y A-veces,
un ojo zumbó como un cometa
hacia lo extinto, en las cañadas,
allí, donde dejó de incandescer, estaba,
espléndido de ubres, el tiempo,
en él ya crecía hacia lo alto y hacia
abajo y más allá, lo que
es o fue o será —,

yo sé,
yo sé y tú sabes, nosotros sabíamos,
no sabíamos, nosotros
estábamos, pues, allí y no allá,
y a veces, cuando
sólo la Nada estaba entre nosotros, nos hallábamos
enteramente juntos.

LA ESCLUSA

Sobre todo esta pena
tuya; ningún
segundo cielo.

.....

En una boca,
fue milpalabra para ella,
perdí —
yo perdí una palabra,
que me quedaba:
hermana.

Por
los muchos dioses
perdí yo una palabra, que me buscaba:
Kaddisch.

A través
de la esclusa tuve que pasar,
para salvar la palabra en la marea
salobre, de vuelta en ella, fuera
de ella, y más allá:
Jiskor.

SALMO

Nadie nos amasará otra vez de tierra y de limo,
nadie soplará palabra a nuestro polvo.
Nadie.

Alabado seas tú, Nadie.
Por amor a ti queremos
florecer.
En contra
de ti.

Una nada
éramos, somos, seguiremos
siendo, en flor:
la rosa de nada, de
nadie.

Con
el buril diáfano de alma,
el estambre desolado de cielo,
la roja corona
de la palabra de púrpura que cantamos
sobre, oh sobre
la espina.

TÜBINGEN, ENERO

Ojos sobrepujados por el habla hasta la ceguera.

El de ellos —“un enigma es lo que brota de lo puro”—, el recuerdo de ellos de torres Hölderlin que nadan, arremolinadas de gaviotas.

Visitas de ahogados carpinteros por estas palabras que se zambullen:

Si viniese,
viniese un hombre,
viniese un hombre al mundo, hoy, con
la barba de luz de
los patriarcas: habría,
si hablase de este
tiempo, habría solamente de
balbucear y balbucear,
si- si- siempre,
si- siempre.

(“Pallaksch, Paillaksch.”)

QUÍMICO

Silencio, cocido como oro, en
manos
carbonizadas.

Grande, gris,
cercana como todo lo perdido,
figura de hermana:

Todos los nombres, todos los nom-
bres quemados
con ella. Tanta
ceniza que bendecir. Tanta
tierra ganada
sobre
los ligeros, tan ligeros
anillos
de almas.

Grande, gris, sin
escorias.

Tú, entonces,
tú con el pálido brote,
cascado por mordisco.
Tú en el torrente de vino.

(¿No es verdad, también a nosotros
nos despidió este reloj?
Bien,
bien como aquí murió, al pasar, tu palabra.)

Silencio, cocido como oro, en
manos carbonizadas,
carbonizadas.

Dedos, delgados como humo. Como coronas, coronas
de aire,
alrededor de — —

Grande. Gris. Sin
rastro.
De
rey.

RADIX, MATRIX

Como se le habla a la piedra, como
tú,
venida a mí desde el abismo, her-
manada desde una patria,
lanzada hasta aquí, tú,
tú que de lo antaño,
tú en la nada de una noche,
tú que en la ni-noche me sales al en-
cuentro, tú,
ni-tú —:

Entonces, cuando yo no estaba,
entonces, cuando tú medías a
zancadas el campo, sola:

¿Quién,
quién era, aquella
raza, asesinada, aquella raza
erigida negra en el cielo:
verga y testículo —?

(Raíz.
Raíz de Abraham. Raíz de Jessé. Raíz de
nadie — oh
nuestra.)

Sí,
como se le habla a la piedra, como
tú palpas con mis manos allá
y en la nada, así es
lo que es aquí:

también este
suelo fructífero se abre,
este
precipicio
es una de las coronas que
crecen silvestres.

A UNO QUE ESTABA ANTE LA PUERTA, una
tarde:
a él
le abrí yo mi palabra — : hacia
el aborto lo vi trotar, al
semi-
estropeado, el
hermano que nació en la bota embadurnada
del siervo guerrero, aquél
con la hechura
sanguinolenta
de Dios, el
hombrecillo balbuceante.

Rabí, yo rechiné, Rabí
Löw:

A éste
circuncídale la palabra,
a éste
escribele la viviente
Nada en el corazón,
a éste
enderézale los dos
dedos entumidos con una
fórmula salvadora.
A éste.

.....

Cierra de un golpe también la puerta de la tarde,
Rabí.

.....

Abre de golpe la puerta de la mañana, Ra- —

MANDORLA

En la almendra — ¿qué se erige en la almendra?
La Nada.
Se erige la Nada en la almendra.
Allí se erige y se erige.

En la Nada —¿quién se erige allí? El Rey.
Allí se erige el Rey, el Rey.
Allí se erige y se erige.

Rizo de judío, no te agrisarás.

Y tu ojo —¿hacia dónde se erige tu ojo?
Tu ojo se erige enfrente de la almendra.
Tu ojo, enfrente de la Nada se erige.
Se erige firme junto al Rey.
Así se erige y se erige.

Rizo de hombre, no te agrisarás.
Hueca almendra, azul real.

A LA POINTE ACÉRÉE

Están desnudos los filones, los cristales,
las drusas,
algo no-escrito, endurecido
en lenguaje, libera
un cielo.

(Rechazados hacia arriba, de día,
de través, así
mismo yacemos nosotros.)

Puerta, tú, ante eso, antaño, pizarra
con la asesinada
estrella de tiza encima:
ahora
la tiene un ojo —¿acaso lee?—.)

Sendas hacia allá.
Hora de bosque a lo
largo del rastro de rueda borbotante.
Es-
cogidas, pequeñas hayas
hendidias: algo abierto
negruzco,
interrogado por digitales pensamientos
sobre — —
¿sobre qué?

TODO EN UNO

Trece de febrero. Despertado schibboleth
en la boca del corazón. Contigo,
Peuple
de Paris. *No pasarán.*

Corderillo a la izquierda: él, Abadías,
el anciano de Huesca, vino con los perros
por el campo, en el exilio
irguióse blanca una nube
de humana hidalguía, él nos
habló en la mano la palabra que requeríamos, era
castellano de pastores, allí,

en la gélida luz del crucero “Aurora”:
la mano fraterna, haciendo señas con la
venta retirada de los ojos grandes
como palabra — Petropol, la
ciudad migratoria de los inolvidados,
te era toscana también, de corazón.

Friede den Hütten!

LA SILABA DOLOR

En la mano se te dió:
un Tú, sin muerte,
junto al cual todo Yo regresó a sí. Iban
en derredor voces sin palabra, formas vacuas, todo
entró en ellas, mezclado
y desmezclado
y mezclado
otra vez.

Y números había
entretejidos en lo
Innumerable. Uno y Mil y lo que
delante y detrás
era más grande que sí mismo, más pequeño, ma-
durado y
transformado al
revés y en adelante en
un Jamás germinal.

Lo olvidado echó mano
a lo olvidable, partes de tierra, partes de corazón
nadaban,
sumíanse y nadaban. Colón,
en el ojo la sin-
tiempo, la madre-
flor,
mató mástiles y velámenes. Todo zarpó,
libre,
descubridor,
la rosa de los vientos se marchitó, se des-
hojaba, un océano

floreció en masa y de día, en la negra luz
de la deriva del timón enloquecido. En sarcófagos,
urnas, canopas
despertaron los pequeños niños
Jaspe, Ágata, Amatista — pueblos,
tribus y linajes, un ciego

S e a

se anudó en
los libres cordajes con cabeza
de sierpe — : un
nudo
(y contra-nudo, y anti-nudo, y no-nudo, y nudo
gemelo y
mil-nudo), en el cual
la camada con ojos de noche cuaresmal
de las estrellas de marta en el abismo
de-le, de-le, de-le-
treaba, letreaba.

LA CONTRESCARPE

Arráncate la moneda del aliento
del aire en torno a ti y al árbol:

tanto
se
le exige a aquél
al que la esperanza acarrea hacia arriba y hacia abajo
por el camino corcovado del corazón —
tanto

en el viraje,
donde él encuentra la flecha del pan,
la que bebió el vino de su noche, el vino
de la vigilia de miseria,
de rey.

¿No vinieron las manos también, que velaron,
no vino la dicha
hondamente acostada en el ojo cáliz?
¿No vino, con párpados,
la caña de marzo humanamente sonora, que daba
luz,
entonces, a lo lejos?

¿Se rebanó de la bandada la paloma mensajera, su
anillo era descifrable? (Todo el
nubrió en torno a ella — era legible.) ¿Lo toleró
la bandada? ¿Y comprendió, y
voló cuando ella siguió faltando?

Dique en diagonal de techo — sobre quilla

de palomas está posado lo que nada. A través de las
escamas
sangra el recado, lo añoso
cae joven por la borda:

Por Cracovia
has venido tú, en el Anhalter
Bahnhof
manó hacia tus miradas un humo
que era ya de mañana. Bajo
las pavlonias
viste erigirse los cuchillos, de nuevo,
aguzados de distancia. Se
bailaba. (Quatorze
juillets. Et plus de neuf autres.)
Sesgado, verso-de-simio, hocico de soslayo
mimaron lo vivido. El señor,
envuelto en una pancarta, se
acercó al grupo. Se tomó
una fotito
de souvenir. El dispensador
automático, ése eras
tú.

Oh este a-
migamiento. Pero otra vez,
allí, donde tienes que ir, el único
exacto
cristal.

EN EL AIRE, allí queda tu raíz, allí,
en el aire.
Donde lo terrestre se aglutina, terroso,
aliento-y-légamo.

Grande
va el proscrito allá arriba, el
ardido: un pomeranio, su hogar
la canción del abejorro, que perduró materna,
veraniega, diáfana
de sangre en el borde
de todas las abruptas
sílabas, las endurecidas de invierno,
frías sílabas.

Con él
andan los meridianos:
as-
pirados por su
dolor gobernado por el sol, que hermana a los países
bajo la
sentencia de mediodía de una
amante
distancia. Por do-
quier es aquí y es hoy día, es, oriundo de
desesperanzas,
el lustre,
en que los desunidos entran con sus
enceguecidas bocas:

el beso, nocturno,
graba el sentido a fuego en una lengua, a la que
despiertan, ellos—:
repatriados en

el rayo de conjuro, inhabitable y ominoso,
que reúne a los dispersos, los
conducidos por el Alma, desierto de estrellas, los
hacedores de tiendas allá en el espacio
de sus miradas y navíos,
las gavillas ínfimas de esperanza,
cunde allí adentro rumor de alas arcangélicas, de
fatalidad,
los hermanos, las hermanas: midióselos
muy leves, muy graves, muy leves,
con la balanza de los mundos en el
seno incestuoso, en
el fértil, los extraños de por vida,
coronados por esperma de estrellas, pesadamente
tendidos en los bancos abismales, enaltados
en dinteles turriformes, y diques, — los

seres-de-los-vados, sobre ellos viene
a trastabillones el pie deforme de
los dioses — ¿tan tarde para
el tiempo estelar
de quién?

Cambio de aliento (1967)

EN LOS RÍOS al norte del futuro
arrojo la red que tú
vacilando lastras
con sombras escritas por
piedras.

LOS NÚMEROS, en alianza
con la fatalidad de las imágenes
y contra-
fatalidad.

El cráneo calado encima,
en cuya sien
insomne un martillo de re-
lumbre errático
canta todo eso en compás
de mundo.

ESTAR, a la sombra
de la cicatriz en el aire.

Por-nada-y-por-nadie-estar.
Irreconocido,
por ti
solo.

Con todo lo que dentro tiene espacio,
también sin
habla.

SOLES EN FIBRAS
sobre el yermo gris-negro.
Un pensamiento
con estatura de árbol
aferra el son de luz: todavía
hay canciones que cantar más allá
de los hombres.

ARRANCADA por el ácido
del viento radioso de tu habla
la charla abigarrada de lo vivido a
préstamo — el centi-
lingüe diz-
poema, el ni-poema.

Desplegado en
torbellino,
franca
la vía a través de la nieve
antropomorfa,
la nieve de los penitentes, hacia
las hospitalarias
cámaras y mesas glaciales.

Hondo
en la grieta de los tiempos,
junto al
hielo en celdillas
espera, cristal de aliento,
tu irrevocable
testimonio.

RESTO CANTABLE — la silueta
de ése que irrumpió
calladamente a través de la escritura de hoz,
aparte, en el ámbito de nieve.

Arremolinándose
bajo cejas de
cometas
la masa visual, sobre la
cual el oscurecido diminuto
satélite corazón va a la deriva
con la
chispa atrapada fuera.

— Labio tutelado, anuncia
que algo sucede, todavía,
no lejos de ti.

NO MÁS ARTE DE ARENA, ni libro de arena, ni maestros.

Nada que se arroje a la suerte
de los dados. ¿Cuántos
mudos?
Diez y siete.

Tu pregunta — tu respuesta.
Tu canto, ¿qué sabrá?

Hondo en la nieve,
 ondo en la nieve,
 O — i — e.

NEGROS,
como la herida del recuerdo,
hurgan los ojos en pos de ti
en la tierra coronaria claramente
mordida por dientes cardíacos,
que sigue siendo nuestro lecho:

por este socavón has de venir —
vienes.

En el sentido
seminal
te desestrella el mar, en lo más íntimo, por siempre.

Dar los nombres tiene un término,
sobre ti arrojó mi destino.

GLORIA CINERARIA detrás
de tus manos estremecidas-anudadas
en el trivio.

Póntico érase-una-vez: aquí,
una gota,
sobre
la pala del remo sumergida,
hondo
en el petrificado juramento,
susurra.

(En la jarcia vertical
del aliento, esa vez,
más arriba que arriba,
entre dos nudos de dolor, mientras
la blanca
luna tartárica trepó hacia nosotros,
me sepulté yo en ti y en ti.)

Gloria
cineraria detrás de
vosotras, manos del
trivio.

Lo que a la suerte fue lanzado ante vosotras, desde
el Este, terrible.

Nadie
atestigua por el
testigo.

LO ESCRITO se ahueca, lo
hablado, verdemar,
arde en las bahías,

en los
nombres diluidos
brincan los delfines,

en el no lugar eternizado, aquí,
en la memoria de las ensor-
decedoras campanas en — ¿dónde, pues?

¿quién
resuella en este
cuarteto de
sombras, quién
entre ellas
de súbito brilla, brilla, de súbito brilla?

ATAQUE DE CELLO

por detrás del dolor:

las potencias, escalonadas según
los contracielos,
arrollan lo indescifrable antes de ingresar
por el corredor aéreo,

la
tarde trepada
está llena de ramaje pulmonar,

dos
nubes ígneas de aliento
cavan en el libro
que abrió el bullicio de las sienes.

algo llega a verdad,

doce veces se enciende
el Allá atinado por las flechas,

la sangui-
negra bebe
el semen del sanguinegro,

todo es menos de lo
que es,
todo es más.

UN ESTRUENDO: la
verdad misma
ha comparecido entre
los hombres,
en medio del
remolino de metáforas.

UNA VEZ,
yo lo escuché,
lavaba el mundo,
sin ser visto, noche a noche,
real.

Uno e infinito,
anulados,
ulan.

Luz fue. Salvación.

Soles en fibras (1968)

INSTANTES, señas de quién,
no duerme claridad alguna.
Des-no-sido, de todas partes.
recógete,
tente
en pie.

FRANKFURT, SEPTIEMBRE

Ciega estantería,
de barba lumínica.
Un sueño de escarabajo
la irradia.

Allá atrás, agrietada por la queja,
se abre la frente de Freud,

las lágrimas
calladas afuera duramente
las dispara con la frase:
“Por última
vez psico-
logía.”

El grajo
falso
desayuna.

La oclusiva laringal
canta.

LA ONZA VERDAD en el fondo del delirio,

a su lado
pasan los platos de la balanza
rodando,
ambos a la vez, en diálogo,

la ley peleadoramente cince-
lada en altura de corazón,
hijo, vence.

LAS CABEZAS, horrendas, la ciudad
que construyen
detrás de la dicha.

Si otra vez fueras tú mi dolor, fiel a ti,
y pasara un labio de largo, de este lado, junto al
lugar donde yo me propino desde mí,

a ti te llevaría por
esta calle
hacia adelante.

EL CORAZÓN EXCAVADO EN FOSA,
para que allí dentro
instalen ellos sentimiento.

Patria grande partes
modulares.

Hermana de leche
pala.

CUANDO NO SÉ, NO SÉ,
sin ti, sin ti, sin tú,

vienen todos ellos,
los decapitados, los
que la vida entera sin seso
cantan la estirpe de los
faltos-de-tú;

Aschrej,

una palabra sin sentido,
transtibetana,
eyaculada en los
yelmados ovarios
de la judía
Pallas
Athena,

y cuando él,

él,

fetal,

toca en el arpa un no-no carpático,

entonces con encajes borda
la alemanda

la canción in-
mortal que se
rinda.

RUMBOS DE PEREGRINOS DE LA IRA
por un dentro y un fuera marítimo,
Conquista
en el más enangostado
y bajo macizo del
corazón.
(Nadie descolora lo que ahora mana.)

La sal de una
solidaria lágrima
sumergida
se afana en remontar
las diáfanas pilas de
bitácoras.

Pronto nos
dispara su destello.

LA ETERNIDAD envejece: en
Cerveteri los
asfodelos
se preguntan unos a otros
en blanco.

Con paleta desvencijada
cucharean,
de las cacerolas de los muertos,
sobre la piedra, sobre la piedra,
sopas en todas las camas
y los cubiles.

DE MATERIA ANGÉLICA, el día de la
animación, fálicamente
unidos en lo Uno
— Él, el justo que vivifica, hízote dormir hacia mí,
hermana —, remontando
por los canales arriba, hacia arriba,
a la corona radical:
partida la crisma,
alto nos enarbola, en simétrica eternidad,
erigido el cerebro, un rayo
vuelve a cosernos los cráneos, los pellejos
y todos
los huesos todavía por sembrar:

esparcidos desde el Este, para cosecharlos en el
Oeste, en simétrica eternidad—,

donde se enciende esta escritura, tras la
muerte de tres cuartos, ante
el alma restante que se re-
vuelca, que de
miedo coronario se retuerce,
desde antaño.

CERCA, EN EL ARCO DE LA AORTA,
en la clara sangre,
la clarapalabra.

Madre Raquel
no llora más.
Hacia allá se llevaron
todo lo llorado.

Silente, en las arterias coronarias,
no envilortada:
Ziw, aquella luz.

NINGÚN NOMBRE que nombre:
su igual sonido
nos anuda debajo de
la tiesamente cantable
carpa de claridad.

IMAGINATE

Imagínate:
el soldado del muladar de Massada
aprende la patria de la manera
más inextinguible,
en contra
de toda púa en la alambrada.

Imagínate:
los desojados sin figura
franco te conducen por el tumulto,
te fortaleces y
fortaleces.

Imagínate: tu
propia mano
ha mantenido este
trozo
de habitable tierra
alturado otra vez
sufridamente
hasta la vida.

Imagínate:
vino a mi encuentro,
despierto de nombre, despierto de mano
para siempre,
desde lo insepultable.

III

De Forzada luz, Parte de nieve y En cortijo de tiempo

Forzada luz (1970)

EXTRAÍDO CON LA PALA CINERARIA
de la artesa del ser,
jabonoso, en el
segundo
empalme, en
seguidilla,

inconcebiblemente
cebado ahora,
muy lejos
fuera de nosotros y ya —¿por causa de qué?—
resaltado,

y luego (¿en el tercer
empalme?) soplado
tras el cuerno, ante el
erecto
escoriadero de lágrimas,
una vez, dos, tres veces,

de inemparejable,
brotado-partido,
pabellonero
pulmón.

TODTNAUBERG

Árnica, bálsamo de los ojos, el
sorbo de la fuente con el
cubo de la estrella encima,

en la
cabaña,

en el libro
—¿el nombre acogió de quién
antes del mío?—,
en ese libro
la línea escrita de
una esperanza, hoy,
en la palabra
venida
de uno que piensa,
en el corazón,

claros de bosque, sin allanar,
orquídea y orquídea, solas,

lo crudo, más tarde, de viaje,
nítido,

el que nos lleva, el hombre,
que está a la escucha,

los senderos de
truncos a medio hollar
en la alta ciénaga,

lo húmedo,
mucho.

YACÍAMOS

ya en el fondo de la Macchia, cuando tú
llegaste, por fin, a rastras.

Pero hacia ti no pudimos
echar oscuridad:

reinaba

forzada luz.

LOS ESCABULLIDOS
papagayos grises
la misa leen
en tu boca.

Oyes que llueve y
piensas, también esta vez
será Dios.

PATRIMONIO DISPERSO,
con la inmediatez del polvo.

Tarde a tarde oscilando
llegan los mensajes decantados
de los pensamientos,
con dureza de rey, con dureza de noche,
a las manos de los prebostes de
las quejas:

de la grieta
de sus líneas de
la vida
sin sonido sale la respuesta:
la única eterna
gota de
oro.

REBANA LA MANO QUE ORA
del
aire
con las tijeras
oculares,
despabila sus dedos
con tu beso:

Ahora ocurre un plegarse
que te roba el aliento.

LAS ETERNIDADES lo llevaron
al rostro y más
allá,

lento apagaba un incendio
todo lo cendiado,

un verde, no de aquí,
rodeó de vellos el mentón
de la piedra, que los sabios
enterraban y otra vez
enterraban.

EL UNO A MÍ RESTANTE
tachado en cruz por
travesaños:

debo en él desenmarañar enigma,
mientras tú, en traje rudimentario de labor,
tejes la media del misterio.

LA MANTIS, otra vez,
en la cerviz de la palabra,
en que te habías escurrido —,

hacia dentro del ánimo
camina el sentido,
hacia dentro del sentido,
el ánimo.

MEMBRANAS NATATORIAS entre las palabras,

su cortijo de tiempo —
una charca,

gris encrestado detrás del
fulgente penacho
significación.

ABORDABLE
era el osci-
lante mirlo de un ala sola,
sobre el cortafuegos, detrás de
París, allí,
en el
poema.

LIVIDIVOCAL, desollado
desde lo profundo:
ninguna palabra, ninguna cosa,
y de ambas único nombre,

justamente caído en ti,
justamente volado en ti,

llagada ganancia
de un mundo.

TAMBIÉN A MÍ, que como tú he nacido, no me sostiene
mano alguna,
y a mí ninguna me arroja suerte a la hora, no distinto
que a ti,
a ti, como yo zambullido en sangre de toro,

pero los números están prontos a alumbrar la lágrima,
que al mundo se dispara
desde nuestro ombligo,

mas a la gran escritura de sílabas se incorpora
lo que vino cerca nuestro, aislado,

y el almendrado testículo
atrona
y florece.

LOS NOMBRES PROFERIDOS HACIA
atrás, todos,

el extremo, relinchado
hacia el Rey
ante espejos de escarcha,

sitiado, rodeado
por excesivos partos,

la rajadura de estaño a su través,
que a ti, aislado,
también se refiere.

No TE ADELANTES,
ni mandes,
párate
aquí dentro;

fundado a fondo por la Nada,
suelto de toda
oración,
ajustado, según
lo Pre-Escrito,
irrebasable,

yo te recibo,
en vez de toda
quietud.

Parte de nieve (1971)

TÚ YACES en la gran escucha,
rodeado de arbustos, de
copos.

Anda hacia el Spree, anda al Havel,
al gancho de carnicero anda,
a las rojas estacas manzanales
de Suecia —

Viene la mesa con los dones,
él dobla junto al Edén —

Al hombre lo hicieron cedazo,
tuvo que nadar la mujer,
la puerca, para sí,
para ninguno, para cada cual —

El Canal de la Milicia no llevará rumores.
Nada
se atasca.

ILEGIBILIDAD de este
mundo. Todo redoblado.

Los firmes relojes justa
dan la hora intercalar,
roncamente.

tú, aferrado en lo tuyo más profundo,
de ti te apeas
para siempre.

¿QUÉ COSE
en esta voz? ¿En qué
cose esta
voz
de este lado, del otro?

Los abismos están
juramentados a blanco, empinó-
se de ellos
la aguja de nieve,

los tragó,

tú ordenas el mundo,
eso cuenta
lo que nueve nombres,
nombrados de rodillas,

Tumuli, tumuli,
tú
te vas ondulando, vivaz,
entra
en el beso,

un golpe de aleta,
continuo,
alumbra las abras,
echas
el ancla, tu sombra
te deja despojado en el seto,

arribo,
deriva,

un escarabajo te reconoce,
os sois ambos

inminentes,
orugas
os encapullan,

la Gran
Esfera
os otorga la pasada,

pronto
anuda la hoja su vena a la tuya,
chispas
tienen que pasar,
lo que dure un resuello,

te está deparado un árbol, un día,
él descifra la cifra,

una palabra, con todo su verde,
entra en sí, se trasplanta,

síguela

OIGO QUE EL HACHA HA FLORECIDO,
oigo que el lugar es innombrable,

oigo que el pan, que lo mira,
saluda al ahorcado,
el pan que le coció la mujer,

oigo que llaman a la vida
el único refugio.

PARTE DE NIEVE, encabritada, hasta el fin,
en el viento de leva, delante
de las cabañas para siempre sin
ventanas:

rasantes sueños gimen
por sobre
el hielo en estrías;

sacar a golpes las
sombras de la palabra, medidamente fijarlas
alrededor de las grapas
en el foso.

ENVUELTO DE ENERO
en los balmos
espinudos. (Bébetete
y llámalos
París.)

El hombro con sello de helada;
silenciosas
lechuzas escoriales encima;
letras entre los dedos de los pies;
certidumbre.

OBLICUAMENTE
ven, como la noche,
la vela de emergencia
se hincha,

catafalcado
a bordo
es tu grito,
allí estabas, abajo estás,

debajo estás tú,

yo voy, voy con los dedos
míos,
a verte,
con los dedos, tú, la de abajo,

los tronchos de brazos proliferan,

el faro piensa en vez
del cielo de
una estrella sola,

con la quilla glávica
yo te recojo.

CON LAS CALLES CIEGAS hablar
de lo enfrente,
de su
expatriada
significación —:

mascar
este pan, con
dientes de escribir.

ALGO COMO NOCHE, de lengua más
aguzada que
ayer, que mañana;

algo como saludo
de una con boca de pez
sobre el mostrador
de lamento;

algo amontonado
en puños infantiles;

algo de mi materia
y de ninguna.

¿POR QUÉ ESTE ABRUPTO ESTAR EN CASA, medio fuera, medio dentro?

Yo puedo, mira, en ti, glacial, sumirme,
tú misma ultimas a tus hermanos:
antes que ellos
estuve yo contigo, nevada.

Arroja tus tropos
al resto:
uno quiere saber
por qué no fui con Dios
distinto a cómo fui contigo,

uno
quiere ahogarse dentro,
dos libros en vez de pulmones,

uno, que se clavó en ti,
exhala la estocada,

uno, él era el más cercano a ti,
se pierde a sí mismo,

uno adorna tu raza
con tu traición y la suya,

tal vez
yo fui cada uno.

PARA ERIC

En la bolsa de los susurros
escarba la historia,

en los suburbios orugan los tanques,

nuestra copa
se llena de seda,

estamos
parados.

UNA HOJA, desarbolada,
para Bertolt Brecht:

¿Qué tiempos son éstos,
en que un diálogo
es casi un crimen,
porque encierra
tanta cosa dicha?

UNA RAMA DE VENDIMIA, una,
cuidando el cuero de la frente,

una fuente de luz, tragada
por ti somnolienta,
atraviesa el tejido famélico
de hospedaje,

ayuda visual, en estrías,
sobre sondas de retro-dispersión
que han pasado por la luna. En lo grande: en lo
pequeño.

Tierras, todavía, tierras.
Basalto revestido de
córnea,
besado por cohetes:
cósmica
ojeada orbital, y sin embargo:
horizontes de país interior.

Terrestre, terrestre.

Una rama de vendimia, una,
cuidando el cuero de la frente —como si escribieses
poemas—,
choca con el saludo postal,
entonces, delante del
lugar del coágulo, sobre el umbral
pulmonar, por años, de Pilsen,
y años,
asalvajado de tiempo por tanta cosa
presionada en silencio:

Bon vent, bonne mer,

un trapo cerebral
ondulando, un
trozo de mar,
iza, donde vives,
su capital, la
inocupable.

NOSOTROS, REBOSADOS DE PROFUNDIDAD, solos
en la gelidez.
Cada talud arrastra una pestaña
hasta la impronta del ojo
y su núcleo de
piedra.

EL ECO-ESQUIRLA oscurecido,
hacia el torrente
cerebral,

el dique sobre el recodo
en que ella viene a detenerse,

tanto allí
desguarnecido de ventanas,
mira, pues,

el cúmulo
de ociosa devoción,
a un
culatazo de
los silos de plegaria,

a uno y ninguno.

En cortijo de tiempo (1976)

DE LA FRENTE DE BALLENA que se
hunde te leo—
tú me reconoces,

el cielo
precipítase
al arpón,

con seis patas
brinca la estrella
nuestra en la espuma,

lentamente
iza uno, que lo ve,
el bocado de consuelo: la
Nada en celo.

EN LA MÁS LEJANA

significación marginal, al pie de la tullida
escalera del amén:
la fase existencia des-
pojada hasta la calvicie,

cerquísimo, en la alcantarilla,
todavía se entreveran
los dichos,

reforzado en hebra de sueño el perfil
de la decantación del dormir,
en su única sien
cordialmente activa
se forma hielo,

ningún libro se abre,

la sobrenada se ha
apegado a mí,
renuncia a su pelea,
en el hielo,

estamos listos
para trocar en nosotros lo más letal,

la espina que dio la contraseña
asciende por las cunas,

detrás del reloj de control se derrocha
en firme delirio el tiempo.

ME ARROJAS A MÍ, ahogándome, oro:
a lo mejor un pez
se deja sobornar.

La casa de los susurros,
abierta día por medio,

traspasada
a yute, de hondas
superficies,

da carta de ciudadanía
al sonido-de-estrechez,

de la fase balbuceo
cuidan
las clavijas
labiales,

— ¿encaja lo
otro, a
tiempo? —,

ésta, sí, esta
gritería glaciario
de tus manos,

el cordaje de muertos
conduce a los ventisqueros,

la luna de polaridad
inversa
te desecha, segunda
tierra,

en el cielo restante, orgulloso de morir,
el tumulto de estrellas
se toma la cerca.

Yo TONTEO con mi noche,
a todo
lo que rompió amarras aquí
lo apresamos,

cárgame tú también tu
oscuridad en
los medios ojos,
viajeros,

ella también tiene que oírlo,
venido de todas partes,
el eco irrefutable
de cada ensombrecimiento.

UNA ESTRELLA
al acecho de una luz,
una hora repulsa
una hora,

grave de corazón
rueda el azur
sobre ti,

tu saliva
sanguinolenta
agracia
un polvillo poseso,

un cabo de madre
lleva un rostro prematuro
a través de un dolor,

su Dios
balando mide a zancadas el
frente de las imágenes,
sobre los resaltes
de la cuna
superior.

ALMENDRANDA, tú que hablabas sólo a medias,
pero tiritada de través a través a partir de la simiente,
a ti
te dejé que esperaras,
a ti.

Y no estaba
todavía
quitada de ojos,
todavía no espinada en la estrella de
la canción, que empieza:
Hachnissini.

LOS POLOS
están en nosotros,
irremontables
en la vigilia,
hacia allá dormimos, ante la puerta
de la piedad,

yo te pierdo a ti en ti, ése
es mi consuelo de nieve,

di que es Jerusalén,

dilo, como si yo fuera éste
tu blancor,
como si fueras
el mío,

como si pudiéramos ser sin nosotros,

hoja a hoja te abro, por siempre,

tú nos ruegas, tú nos acuestas
libres.

YO TOMO VINO de dos vasos
y paso el peine puntudo
en la cesura del rey
como aquel otro por
Píndaro,

Dios apaga el diapasón
como uno de los justos
pequeños,

del tambor de las suertes cae
nuestra pizca.

LA NADA, en virtud de
nuestros nombres
—ellos nos recogen—,
sella,

El final cree que somos
el principio,

ante los maestros
que guardan en torno
silencio,
en lo indiviso, da testimonio de sí
la encaramada
claridad.

LO AJENO
nos tiene en su red,
la caducidad echa mano a
través de nosotros desconcertada,

cuenta mi pulso, cuéntalo
también dentro de ti,

entonces emergemos,
hacia ti, hacia mí,

algo nos amortaja
en piel de día, en piel de noche,
para el juego con la más alta, la epi-
léptica seriedad.

CAMBIO DE LUGAR en las sustancias:
ve hacia ti, adhiérete,
con desaparecida
luz terrena,

oigo que éramos
una planta del cielo, eso
está por demostrarse, desde
arriba, a lo
largo de nuestras raíces,

dos soles hay, escuchas,
dos,
no uno— sí
¿y qué?

¿QUÉ SE AMARGA
hacia dentro?

Las grandes exclusividades
se jibarizan
en el himno de cortezas auditivas,

bienaventurados
cuchichean los tornillos de mariposa en
más serena
altura de tormento.

las pausas
decisivas
reciben
provisión,

en la cámara de numerar,
rebeldes,
los anillos le rezan
al resto.

VIÑADORES desenterraron
el reloj de oscuras horas,
profundidad a profundidad,

tú lees,

el Invisible
emplaza al viento
a los límites,

tú lees,

los Abiertos llevan
la piedra detrás del ojo,
él te reconoce,
cuando el Sabbath.

Contraluz (1949)

El corazón permaneció en la oscuridad escondido y duro, como la piedra filosofal.

*

Era la primavera, y los árboles volaban a sus pájaros.

*

Tanto va el cántaro quebrado a la fuente, que la fuente se da por vencida.

*

En vano se habla de justicia, mientras el buque de guerra más grande no se destroe en la frente de un ahogado.

*

Cuatro estaciones, y no hay una quinta, para decidirse por una de ellas.

*

Tan grande era su amor por ella, que habría podido levantar la losa del sepulcro, si la flor que depositó encima no hubiera sido tan pesada.

*

Tanto duró su abrazo, que el amor desesperó de ellos.

*

Había llegado el Día del Juicio, y para probar la mayor de las ofensas, clavaron la cruz a Cristo.

*

Sepulta la flor y deposita al hombre sobre esta sepultura.

*

Saltó la hora del reloj, se le puso por delante y le ordenó que marchara correctamente.

*

Cuando el general puso la cabeza bañada en sangre del rebelde a los pies de su soberano, éste montó en cólera salvaje: “Te has atrevido a llenar la sala del trono con el hedor de la sangre”, exclamó, y al general lo cogió un estremecimiento.

Entonces se abrió la boca del abatido y contó la historia del saúco.

“Muy tarde”, opinaron los ministros.

Un cronista posterior confirma este parecer.

*

Cuando al condenado lo descolgaron de la horca, sus ojos todavía no estaban apagados. Rápidamente se los cerró el verdugo. Pero los circunstantes lo habían advertido y bajaron la vista avergonzados.

Mas la horca se creyó en ese minuto un árbol, y como nadie tenía los ojos abiertos, no es posible establecer si no lo era también, de hecho.

*

Sobre la balanza puso virtudes y vicios, culpa e inocencia, buenas y malas cualidades, porque buscaba certeza antes de juzgarse a sí mismo. Pero los platillos de la balanza, lastrados de esta suerte, quedaron a la misma altura.

Pero como quería enterarse, a todo precio, cerró los ojos y anduvo incontables veces alrededor de la balanza, en una dirección, en la opuesta, por tanto tiempo, que ya no sabía qué platillo soportaba una carga y cuál la otra. Entonces depositó a ciegas su decisión de hacerse justicia a sí mismo sobre uno de los platillos.

Cuando volvió a abrir los ojos, uno de los platillos, ciertamente, había descendido, pero ya no se podía reconocer cuál de ellos: el platillo de la culpa o el platillo de la inocencia.

Esto lo enfureció, se negó a ver en ello una ventaja, y se condenó, pero no pudo evitar el sentimiento de ser, acaso, injusto.

*

No te engañes: esta última lámpara no difunde más luz — la oscuridad en torno se ha hundido más en sí misma.

*

“Todo fluye”: también este pensamiento, ¿y no vuelve a dejar todo detenido?

*

Al espejo le volvió la mujer las espaldas, porque odiaba la vanidad del espejo.

*

Enseñaba las leyes de la gravedad, aducía prueba sobre prueba, pero encontraba oídos sordos. Entonces se elevó en los aires y enseñó las leyes levitando — y le creyeron entonces, pero nadie se asombró cuando no regresó de los aires.

Conversación en la montaña (1959)

Una tarde que el sol, y no sólo él, se había puesto, partió, salió de su casucha y se fue el Judío, el Judío e hijo de Judío, y con él se fue su nombre, el impronunciable, se fue y vino, vino tranquilamente, se hizo oír, vino con su bastón, vino sobre la piedra, ¿me oyes?, tú me oyes, soy ése, yo, yo y ése, el que tú oyes, el que crees oír, yo y el otro, — así se fue, podía oírse, se fue una tarde, cuando más de algo se había puesto, se fue bajo las nubes, se fue en la sombra, la propia y la ajena — pues el Judío, ya sabes, qué tiene él que de veras le pertenezca, que no sea prestado, fiado y no devuelto—, así se fue entonces y vino, vino por la avenida, la hermosa, la incomparable, se fue, como Lenz, por la montaña, él, al que habían dejado vivir abajo, donde pertenece, en los bajíos, él, el Judío, vino y vino.

Vino, sí, por la avenida, la hermosa.

¿Y quién te imaginas que vino a su encuentro? A su encuentro vino su primo, su primo y primo hermano, un cuarto de vida judía más viejo, vino grande, vino, él también, en la sombra, en la prestada — ¿pues quién, pregunto y pregunto yo, viene, si Dios le dejó ser Judío, quién viene con lo propio?—, vino, vino grande, vino al encuentro del otro, Grande vino hacia Pequeño, y Pequeño, el Judío, mandó a su bastón que se callara ante del bastón del Judío Grande.

Así también calló la piedra, y se hizo silencio en la montaña, adonde se fueron, ése y aquél.

Silencio se hizo, pues, silencio allá arriba en la montaña. No mucho tiempo hubo silencio, pues cuando el Judío viene caminando y se encuentra a un segundo, se acaba pronto el silencio, también en la montaña. Porque el Judío y la Naturaleza, eso son dos cosas distintas, como siempre, también hoy, también aquí.

Allí están, pues, los primos hermanos, a la izquierda florece el martagón, florece silvestre, florece como en ninguna otra parte, y a la derecha, allí está el rapónchigo, y el *dianthus superbus*, el clavel coronado, no está lejos de él. Pero ellos, los primos hermanos, ellos, quejémonos ante Dios, no tienen ojos. Mejor dicho: tienen ojos, incluso ellos, pero un velo cuelga por delante, no delante, no, por detrás, un velo móvil; apenas entra una imagen, queda suspendida en la trama, y al punto acude un hilo que allí se va urdiendo, que se va tejiendo alrededor de la imagen, un hilo del velo; se teje alrededor de la imagen y con ella engendra un hijo, medio imagen y medio velo.

¡Pobre martagón, pobre rapónchigo! Allí están, los primos hermanos, en una avenida están en la montaña, y el bastón calla, y calla la piedra, y el silencio no es un silencio, ninguna palabra ha enmudecido y ninguna frase, sólo es una pausa, un hueco de palabra, un espacio vacío, tú ves las sílabas que se erigen en derredor; lengua son y boca, estos dos, como antes, y en los ojos les cuelga el velo, y vosotros, pobres de vosotros, no os erigís ni florecéis, no estáis presentes, y el mes de julio no es julio.

¡Los parlanchines! ¡Aun ahora, que la lengua estúpidamente choca con los dientes y los labios no se hinchan, algo tienen que decirse! Bien, déjalos hablar...

“Has venido desde lejos, has venido hasta aquí...”

“He venido. He venido como tú.”

“Lo sé.”

“Lo sabes. Lo sabes y ves: la tierra se ha plegado aquí arriba, se ha plegado una vez, y dos, y tres veces, y se ha abierto en la mitad, y en la mitad hay un agua, y el agua es verde, y el verde es blanco, y el blanco viene de más arriba aun, viene de los glaciares, se podría decir, pero no se debe, que ése es el lenguaje que prevalece aquí, el verde con el blanco

dentro, un lenguaje no para mí ni para ti — pues, yo pregunto, para quién fue concebida, la tierra, no para ti, digo yo, fue concebida, ni para mí —, un lenguaje, pues, sin Yo y sin Tú, puro Él, puro Ello, entiendes, puro Ella, y nada más.”

“Entiendo, entiendo. También he venido desde lejos, también he venido como tú.”

“Lo sé.”

“Lo sabes y quieres preguntarme: y a pesar de todo has venido, a pesar de todo, has venido hasta aquí — ¿por qué y para qué?”

“Por qué y para qué... Porque he tenido que conversar quizás, conmigo o contigo, he tenido que conversar con la boca y con la lengua y no sólo con el bastón. ¿Pues a quién le conversa, el bastón? Le conversa a la piedra, y la piedra — ¿a quién le conversa?”

“¿A quién, primo hermano, iba a conversarle? Ella no conversa, ella habla, y quien habla, primo hermano, no le habla a nadie, ése habla, porque nadie le escucha, nadie ni Nadie, y entonces dice, dice él y no su boca y no su lengua, dice él y sólo él: ¿Oyes tú?”

“Oyes tú, dice él — lo sé, primo hermano, lo sé... Oyes tú, dice él, heme aquí. Estoy, estoy aquí, he venido. He venido con el bastón, yo y ningún otro, yo y no él, yo con mi hora, la inmerecida, yo, que fui tocado, que no fui tocado, yo con la memoria, yo, el de mala memoria, yo, yo, yo...”

“Dice él, dice él... Oyes tú, dice él... Y Oyestú, ciertamente, Oyestú no dice nada, no responde, porque Oyestú, ése es el de los glaciares, el que se ha plegado, tres veces, y no para los humanos... El verde-y-blanco allá, el del martagón, el del rapónchigo... Pero yo, primo hermano, yo, que estoy aquí, en esta avenida aquí, a la que no pertenezco,

hoy, ahora, que se ha puesto, él y su luz, yo aquí con la sombra, la propia y la ajena, yo — yo, que puedo decirte:

— Sobre la piedra estuve tendido, antaño, tú sabes, sobre las losas pétreas; y junto a mí, allí estuvieron tendidos, los otros, los que eran como yo, los otros, que eran distintos a mí y los mismos, los primos hermanos; y ellos estaban tendidos allí y dormían, dormían y no dormían, y soñaban y no soñaban, y no me amaban y no los amaba, porque yo era uno, y quién quiere amar a uno, y ellos eran muchos, todavía más que los que estaban tendidos en torno a mí, y quién va a poder amarlos a todos, y yo, no te lo oculto, yo no los amaba, a ellos, que no podían amarme, yo amaba la vela, que ardía allí, a la izquierda en la esquina, yo la amaba, porque ardía hasta abajo, no porque *ella* ardiera hasta abajo, pues *ella*, ésa era, sí, *su* vela, la vela que él, el padre de nuestras madres, había encendido, porque en esa tarde comenzó un día, cierto día, un día, que era el séptimo, el séptimo, al que debía seguir el primero, el séptimo y no el último, yo no la amaba, primo hermano, a ella, yo amaba su arder hasta abajo, y, sabes tú, no he amado ninguna otra cosa desde entonces;

nada, no; o quizás aquello que ardía allí hasta abajo como aquella vela en ese día, el séptimo y no el último; no el último, no, puesto que estoy aquí, en esta avenida, de la que dicen que es hermosa, estoy, sí, aquí, junto al martagón y al rapónchigo, y a cien pasos, allá, adonde puedo ir, allí el alerce sube hasta el cembro, lo veo, lo veo y no lo veo, y mi bastón, que habló, le habló a la piedra, y mi bastón, ahora está en silencio, y la piedra, dices tú, ella puede hablar, y en mi ojo, allí cuelga el velo, el móvil, allí cuelgan los velos, los móviles, uno has levantado apenas, y ya

cuelga el segundo, y la estrella — pues, sí, ella está ahora sobre la montaña —, cuando quiera entrar allí, tendrá que ser para la boda y pronto no ya no será ella misma, sino medio velo y medio estrella, y lo sé, lo sé, primo hermano, lo sé, me encontré contigo, aquí, y hemos hablado, mucho, y los pliegues allí, tú sabes, no están ahí para los humanos ni para nosotros, que vinimos aquí y nos encontramos, nosotros, aquí, bajo la estrella, nosotros, los judíos, que vinimos, como Lenz, por la montaña, tú Grande y yo Pequeño, tú, el parlanchín, y yo, el parlanchín, nosotros con los bastones, nosotros con nuestros nombres, los impronunciables, nosotros con nuestra sombra, la propia y la ajena, tú aquí y yo aquí —

— yo aquí, yo: yo, que puedo decirte, que podría haberte dicho todo eso; que no te lo digo y no te lo he dicho; yo con el martagón a la izquierda, yo con el rapónchigo, yo con la que ardió hasta abajo, con la vela, yo con el día, con los días, yo aquí y yo allá, yo, acompañado quizás — ¡ahora! — por el amor de los no amados, yo en camino hacia mí, aquí, arriba.”

Agosto de 1959

La poesía ya no se impone, se expone

26.3.69